



El rumor como argumento, las reputaciones como amenaza, la hostilidad como defensa, el libelo como estrategia política, la religión como sospecha de iniquidad son aspectos que inspiran el discurso de Calvin F. Senning a la hora de reconstruir las relaciones entre España e Inglaterra durante el gobierno de Jacobo I. El libro revisa los años centrales de su reinado, un periodo que el autor considera peor atendido que sus inicios y su final. Senning ve en esos años intermedios -entre 1613 y 1618- un espacio de transición entre una primera década de logros prometedores para el país y una debilidad creciente de la posición de Inglaterra en Europa, en buena medida comprometida por las menguadas cuentas reales, que no permitían financiar un ejército sólido ni el sostenimiento de una guerra que hiciera valer las posiciones inglesas en materias territoriales y de religión. Las habilidades diplomáticas del conde de Gondomar adquieren un papel relevante también en el progresivo apaciguamiento de las sospechas del rey inglés contra las intenciones, juzgadas siempre funestas para Inglaterra, de España. La vigencia en el imaginario colectivo inglés de una posible incursión en sus costas de la armada española, un rumor aireado con especial insistencia en el bienio 1612-1613, con un nuevo brote en septiembre de 1614, se incorpora al propio título del libro y se mantiene como un rumor de fondo en la exposición de Calvin F. Senning que afecta a todas las negociaciones diplomáticas del momento.

El propósito del autor es destacar la importancia que la expansión de los rumores interesados podía tener en la toma de decisiones políticas y en la deriva de las relaciones internacionales. A la amenaza latente de la armada española debe añadirse, para completar la pintura del ambiente social y político descrito en *Spain, Rumor, and Anti-Catholicism in Mid-Jacobean England*, la cuestión del matrimonio entre Isabel, hija del rey Jacobo, con el conde palatino Federico V, un enlace de sesgo protestante que contrasta con el *Spanish match* negociado por Gondomar para unir al príncipe Carlos con la infanta María. El panorama internacional abordado en el libro se completa con la rivalidad por hacerse con el control de los territorios de Cléveris-Jülich y con las relaciones entre protestantes y católicos en Inglaterra.

Entre las fuentes empleadas por el historiador destacan tres que han sido poco recurridas por los especialistas de este periodo: 1. La correspondencia oficial de Ferdinand de Boischott, embajador de los Países Bajos en Londres en representación de los archiduques de Austria, Alberto e Isabel Clara Eugenia. 2. Avisos, cartas y noticias que circulaban entre los católicos residentes en Inglaterra y que enviaban al colegio inglés de Roma, un conjunto documental que no permite afirmar que

entre los católicos ingleses se dieran las tendencias sediciosas y conspirativas de las que se les acusaba y por las que eran perseguidos. 3. Las cartas de doña Luisa de Carvajal, mujer de origen noble que llevó su misión como propagadora del catolicismo en Inglaterra tan lejos como pudo bajo la vigilancia y la hostilidad de la autoridad eclesiástica representada por el arzobispo de Canterbury, George Abbot, y por los propios dictámenes, más variables, del rey Jacobo.

El libro se organiza en cinco capítulos que pueden leerse de manera autónoma, si bien son complementarios en la pintura de un ambiente y de un periodo. Cada uno de ellos incorpora un aparato de notas propio y el apéndice documental y bibliográfico que respalda el texto.

El capítulo -o el ensayo- primero, «Deterioration in Anglo-Spanish Relations, 1611-1612» (págs. 6-60) reconstruye el clima social en Inglaterra creado tras la muerte del príncipe Enrique, en quien la población y buena parte del estamento eclesiástico y político inglés veía un heredero convencido de postulados y actitudes que se identificaban con el periodo isabelino. Junto al lamento por esa pérdida, que extendió un sentimiento de vulnerabilidad en el reino -los más beligerantes advertían en la gobernación de Jacobo debilidades ausentes en el príncipe recién fallecido-, la desconfianza entre las coronas española e inglesa fue en aumento con motivo del concierto matrimonial entre Isabel y Federico V, dada su significación internacional: el Palatinado, una región estratégica, pasaría a ser un territorio más propicio a sostener los intereses políticos y religiosos de Inglaterra que los de una monarquía católica. La ineficacia de las embajadas españolas de Alonso de Velasco y Pedro de Zúñiga a la hora de estorbar esa alianza contrasta con el cambio que se produce tras la llegada, en julio de 1613, del conde de Gondomar como embajador de la corona española.

El segundo capítulo, «Growing Alarm and Fear in England. The Armada Scare of 1612-1613» (págs. 61-129), reconstruye el clima de temor creciente en Londres ante el posible desembarco de una armada española que, según rumores variables, se preparaba para exaltar la presencia del rey Felipe en un viaje proyectado a Lisboa, a menos que se destinase a atacar intereses ingleses en Virginia, cuando no a desembarcar sobre la propia costa inglesa. Tales eran las noticias dispares, pero siempre alarmadas, que se esparcían por Inglaterra.



Louis Morin, *L'enfant prodigue*. Paris: Delagrave, 1898 [RB INF /3144]

AVISOS

El 6 de noviembre de 1612 la muerte del príncipe heredero Enrique, a cuya figura fiaba el país la recuperación de un estilo político más agresivo que el ejercido por su padre, contribuyó a incrementar la sensación de inseguridad hacia España, que, por el contrario, atravesaba un periodo de estabilidad mayor y contaba con el previsible apoyo de Francia tras las paces firmadas en 1598. El sentimiento anticatólico fue creciente en los pulpitos protestantes y no faltaron voces que atribuyeran la muerte del príncipe a un envenenamiento urdido a instancias del Papa. Senning repasa las medidas gubernamentales adoptadas en Londres para privar de armas a todos los católicos y la preparación de una milicia nacional que pudiera hacer frente a cualquier intento de conspiración. Las cartas de numerosos católicos asentados en Inglaterra, así como las de Boischoff, se suman en apoyo de su reconstrucción de los hechos a los testimonios tanto de eclesiásticos ingleses -protestantes, por tanto-, embajadores de Italia -el veneciano Foscarini al frente-, diversos informes militares y la noticiosa correspondencia de John Digby, embajador del rey Jacobo en la corte de Madrid.

«The Palatine Wedding and Its Aftermath» (págs. 130-194), el tercer capítulo, se detiene en los festejos celebrados con motivo de la boda entre el conde palatino y la princesa Isabel. El repaso se centra en la posible detección de rasgos e ideas antiespañolas incluidas en los abundantes epitalamios escritos para la ocasión y en la puesta en escena de las numerosas máscaras que se representaron, entre ellas varias obras de Shakespeare. Pero la afrenta más vistosa -por explícita- bien pudo haber sido la denunciada por Luisa de Carvajal en una de sus cartas, donde informa del agravio que suponía la exhibición, en la estancia reservada a la cena -uno de cuyos comensales debía ser el embajador español, que excusaría su presencia-, de unos tapices que representaban el desastre de la armada de Felipe II en 1588. *Ad Hispaniam*, un ofensivo epitalamio de Richard Rands, fue motivo también de un conflicto diplomático asumido por el embajador Velasco, pero instigado por una denuncia de Luisa de Carvajal. Estos desdenes, unidos al desafío que para España suponía la adscripción del Palatinado al credo protestante y la posibilidad de que en Bohemia pudiera haber un rey de romanos no católico y ajeno a la dinastía de los Habsburgo, prolongaron el ambiente hostil, lleno de desconfianzas mutuas y con diversas cuentas pendientes e intereses opuestos que el conde de Gondomar encontraría a su llegada a Londres en el verano de 1613.

«Cleves, Spinola, and the Armada Scare of September 1614» (págs. 195-239) reconstruye la rivalidad por el dominio de los ducados de Cléveris y Jülich, un conflicto de intereses que implicaba a varias coronas europeas y que empezó a crecer con el enfrentamiento de los electores de Brandenburg y de Neuburg. La campaña de Ambrogio Spinola en Alemania que culminó con la toma de Wesel contribuyó a enrarecer las relaciones hispanoinglesas y a dificultar el trabajo conciliador de las embajadas. De nuevo los rumores de una incursión naval contra Inglaterra se airearon interesadamente, esta vez desde la costa holandesa. Ambos episodios son alegados por Senning como ejemplos del tendencioso interés con que este tipo de noticias -reales como la de la campaña de Spinola, que sin embargo sería deformada en las imprentas, y falsas como la de la nueva incursión de la armada, que resultaría ser una flota comercial de barcos holandeses-, se hacían circular en Inglaterra a fin de alentar el sentimiento antihispánico en el reino y favorecer políticas restrictivas en cuestiones de religión. Las campañas de descrédito católico incluían también la actividad de las prensas, que producían abundante material satírico y ofensivo contra la iglesia de Roma y empeñaban al embajador recién llegado en su compromiso por evitar la circulación de material injurioso para la religión católica (págs. 207-208) o favorable a un enfrentamiento bélico en el terreno político internacional (págs. 211-219). Senning destaca la inteligente labor de Gondomar y su solvencia en momentos particularmente comprometidos, habilidades que contrastan con la torpe labor de sus predecesores en el cargo, Alonso de Velasco y Pedro de Zúñiga.

Una breve coda (págs. 240-244), «Xanten and Beyond», da cuenta del precario acuerdo logrado sobre los territorios alemanes en disputa en noviembre de 1614 (tratado de Xanten), una paz inestable que acabaría sucumbiendo pocos años después con la guerra de los Treinta Años. El texto de Senning incluye un rápido repaso de las enésimas alarmas ante una posible incursión de la armada española en territorio británico entre 1614 y 1625, todas menos graves que las comentadas y todas notificadas por el conde de Gondomar en su correspondencia a la corte española.

Rumores, pues, renovados que revelan la importancia de considerar las habladurías, ya fueran en forma de libelos impresos, de cartas manuscritas, de despachos oficiales o corrieran de boca en boca, como una fuente de información decisiva para comprender el sesgo de las decisiones políticas que se tomaban a instancias de difamaciones interesadas esparcidas como noticias ciertas. Pero, además, este caudal de figuraciones sirve para documentar la construcción en el imaginario colectivo inglés de una imagen premeditada de España que, a través del rumor, encontraría un medio sumamente eficaz para asentarse y para inspirar legislaciones, políticas y alianzas que en más de una ocasión acabaron decidiendo el rumbo de la historia.